

¿Avanzamos hacia una feminización de la sociedad?

Sonia Aravena Derpich
Periodista (UCH)
Profesor de Estado en Alemán (UCH)
Profesor de Estado en Educación Básica Ciencias Sociales (UCH)
Post-título Educación Especial Diferencial (UC)
Máster en Psicopedagogía (UC)
Académica Universidad de Santiago de Chile

saravena@usach.cl

Resumen: La profesora Aravena no se describe a sí misma como una feminista. Sino más bien todo lo contrario. Ella quiere que el mundo adscriba una vez más a aquellos valores de la feminidad clásicamente menospreciados, lo cual significa retomar todas aquellas actitudes, principios y hábitos de la mujer tan fieramente criticados por las feministas. Cree firmemente que las mujeres están mucho mejor preparadas para enfrentar el desafío de organizar y administrar la complejidad que encontramos en las sociedades modernas contemporáneas. Para llegar a esta conclusión tan ambiciosa, echó una mano a los trabajos teóricos de algunas de las más famosas y celebradas intelectuales mujeres norteamericanas, como son Hannah Arendt, Mary McCarthy, Ayn Rand y Margaret Mead.

Palabras claves: Feminismo, género, sociedades complejas, Arendt

Resultan habituales para los chilenos de todas las edades y épocas, como yo, y quienes me están leyendo, escenas de una cotidianeidad tal que ya casi no las tomamos en cuenta: por ejemplo, un día domingo en la tarde, en una linda casa, con un gran patio y una pequeña huerta. Allí los niñitos varones arman y viven su imaginario mundo de vaqueros e indios, de caballeros y dragones, de domadores de fieras, de lo que sea, pero siempre relacionado con alguna actividad más o menos violenta. De pronto, un alarido y mamá corre en auxilio de un intrépido proyecto de héroe en miniatura con una rodilla pelada que a gritos solicita ayuda y auxilio donde él sabe que desde siempre lo ha conseguido y podrá conseguirlo: su madre.

La madre aplica alcohol al intrépido, que llora como una pequeña bestia herida, limpia lo que hay que limpiar, realiza una curación y en menos de lo que se reza un Padrenuestro, ya está de vuelta en la cocina, donde ella y “las niñitas”, o sea, potencialmente yo, tú y todas ellas y nosotras, descendientes de la pérfida Eva ancestral, nos encontramos ayudando a mamá en las labores “útiles” de la casa.

No nos ha llegado aún la primera menstruación y las “niñitas” ya sabemos que nuestro tiempo es un bien precioso, que no podemos malgastarlo como nuestros hermanitos, primos, amigos del barrio. Ellos no sólo pueden pelarse las rodillas, sino que deben hacerlo por alguna tan desconocida razón como aquella por la que nosotras debemos hacer nuestras camas en la mañana y ellos no. Por lo mismo no hemos terminado aún de jugar con las muñecas y ya sabemos cocinar, planchar, coser y bordar intrincadas filigranas y también ayudar a mamá con el aseo de la casa, donde nunca veremos participar a nuestros hermanos varones. En los días llamados eufemísticamente “libres” de los fines de semana mamá y nosotras “las niñitas” nos “divertiremos” muchísimo preparando un delicioso queque o torta para los ahora “hombres” de la casa, con el padre incluido, que escucha la radio, lee el diario o echa humo por una pipa, ausente por completo del ajetreo general que acontece en el “lado femenino” de la casa.

Tal sistema aparentemente “funcionó” en nuestras sociedades por siglos y tal vez por milenios. La programación de los roles comenzaba a edad tan temprana que el resultado final era un condicionamiento incuestionable. Tal condicionamiento era, a su vez, reforzado por todo aquello que nos circundaba, inundando nuestro ambiente: partiendo por la religión, los hábitos y costumbres sociales establecidos como normas inquebrantables; las leyes que reforzaban a la religión y a la norma social inamovible. Todo, aparentemente todo, apoyaba al reforzamiento del Statu Quo de la mujer y, sin embargo, hubo un cambio; un cambio de alcances y proporciones mucho mayores de lo que cualquiera de nosotros(as) hubiera jamás imaginado.

¿Y cómo pudo haber llegado a suceder ésto, si aparentemente nunca estuvieron dadas las condiciones para tal cambio, al menos no parecían haberlo estado?

1. Héroes y dioses vs. tejidos y trastos de cocina

Partiendo desde las teorías más antiguas, se puede citar al célebre Max Weber y situarlo en el contexto de aquella tan cotidiana escena doméstica que da inicio a este artículo. En su esquema mental, Max Weber habría ubicado a las niñas y las mujeres de la casa a cargo del “sistema de utensilios” de la sociedad, mientras que los hombres estarían más bien a cargo del “sistema de signos”.

Margaret Mead corroboró esto muchos años después, con frases lapidarias tales como “todo lo útil y bueno para las sociedades recae, por norma general, en manos de las mujeres”. Tras décadas de analizar sociedades primitivas en la Polinesia y Nueva Guinea, Margaret Mead, que en Estados Unidos alcanzó el status de una rockstar (ante el espanto de la parte más conservadora de ese país) fue capaz de reunir —tras décadas de observación in situ— una cantidad de observación empírica y científica inobjetable, en el sentido que a las féminas nos cabe un rol muy importante, sino decisivo en el destino de nuestras sociedades.

En “Male and Female”, su obra más célebre, tras la publicación de “Coming into Age in Samoa”, la doctora Mead asegura que: “si bien las mujeres estamos por lo general excluidas en las civilizaciones —por primitivas que éstas sean— de aquellos ritos que involucran la interpretación de signos y la simbolización; los roles que nos resultan finalmente asignados por la convención o la costumbre no son para nada menos importantes ni menos fundamentales para la comunidad que aquella simple manipulación simbólica”.

“Las mujeres, en general hemos sido asignadas a la manipulación de aquellos roles técnicos más relevantes para la supervivencia de la sociedad en la que nos encontremos, y no me cabe duda que el destino de aquellas sociedades habría sido muy diferente de haber sido los hombres quienes hubieran asumido tales tareas”, reitera Margaret Mead.

La renombrada antropóloga encontró que en prácticamente la totalidad de aquellas sociedades primitivas de la Polinesia que ella estudió ininterrumpidamente durante 25 años, son las mujeres las que se instalan con relativa comodidad en aquello que podríamos llamar “base tecnológica” de sus respectivas sociedades. Son las mujeres, casi siempre, quienes se hacen cargo de los cultivos en aquellos grupos que ya han alcanzado a conocer y desarrollar la agricultura. En el caso de los pigmeos, que no han domesticado aún las especies vegetales, son las mujeres quienes —colgadas de las ramas de los árboles— recolectan frutos alimenticios y roban miel desde panales de abejas que carecen de aguijón por no tener otros enemigos naturales que el ser humano.

Sin ir tan lejos, aquí mismo en Chile, en la cultura originaria mapuche —que tanto ha influido en nuestra moderna sociedad chilena— es la mujer aquella que se encarga del cultivo de la tierra, del hilado y el tejido, de la crianza de los animales, del lavado y de la manufactura de utensilios, de la cerámica y la platería. No obstante, desde el punto de vista weberiano y meadiano la sociedad mapuche es exótica y se sale de la regla en esto

de que son los hombres quienes se reservan para sí el monopolio de la manipulación de los símbolos y los signos, especialmente de los signos religiosos. En la cultura originaria mapuche es a la mujer a quienes tales signos pertenecen. Los hombres sólo tangencialmente acceden a tal dimensión, y sólo bajo circunstancias muy particulares.

En Oceanía, Mead observó (no hay problema en decirlo, con cierto espanto) cómo los hombres de las comunidades primitivas se ocupaban de asuntos tan relevantes para su sociedad como la cacería de cabezas de individuos de las tribus rivales. Como siempre ellos lo han dicho “Dios mismo bajó del cielo y nos entregó tal mandato”. En otras tribus, aparte del mandato, Dios les habría entregado unas flautas mágicas, que originariamente habrían pertenecido a la mujer, pero que en función de nuestra innata perfidia, el mismo Dios nos arrebató para entregárselas finalmente a los hombres. Toda similitud con el mito de Adán y Eva en el paraíso no corresponde a ninguna coincidencia.

Retomando el cuento de las flautas, resulta que a los hombres de esta tribu se les ocurrió que, en virtud de los mensajes divinos y de las flautas mágicas que habían sido alguna vez de las mujeres, pero que el propio Dios se las había arrebatado para entregárselas posteriormente, las mujeres debían pagar este karma con servicios ad-honorem (cualquier parecido con la realidad moderna no es ninguna casualidad, insisto) tales como construir las chozas, criar una pequeña cantidad de ganado porcino, mantener limpia y sana a la prole, alimentar al hombre, tejer, cultivar la tierra, cazar pequeñas alimañas para alimentar a los hijos y usar la piel en vestuario, y, aunque suene increíble, incluso fabricarle las armas al macho para que salga a cazar las cabezas de los enemigos, ya que estas cabezas jibarizadas son las que supuestamente mantenían “el orden del mundo”.

En tales sociedades primitivas de la Polinesia, que guardan un parecido asombroso con las nuestras en ciertos aspectos, los hombres vivían permanentemente estresados por la titánica magnitud de las tareas que debían sacar adelante. Por lo mismo, la propia Margaret Mead documenta, no sin cierto sentido del humor, los frecuentes reclamos de las distintas esposas (se practicaba aquí la poligamia, o sea más mujeres = más manos para el trabajo, al igual que con los hijos) por la falta de entusiasmo del jefe de hogar para cumplir con sus obligaciones maritales, bastante abultadas si se considera que había que atender unas tres o cuatro esposas en promedio.

La misma Mead cita una situación en que el hombre de la casa (cualquier parecido con la realidad actual, insisto, no es coincidencia), golpeaba a una de sus varias esposas que le reprochaba su escaso ímpetu amoroso, mientras los niños le gritaban, muertos de la risa algo cómo ¿por qué no tienes sexo con ella en lugar de pegarle?. El hombre, fuera de sí -en aquella sociedad tan primitiva perdida en la inmensidad de la Polinesia- no encontró en aquel momento nada mejor que subirse a su piragua, construida por manos femeninas, y perderse en la densidad de la selva con la esperanza de ser cazado por sus enemigos y que su cabeza termine jibarizada. Una muerte digna resultaba más soportable para él que una existencia indigna, bajo la burla de mujeres y niños.

Precisamente las mujeres y los niños, que en las sociedades primitivas significan inequívocamente más manos para el trabajo (Mead) eran los marginados de aquella gran casa que los hombres y los viejos (siempre del sexo masculino, no los viejos y las viejas) habían edificado en el centro geométrico de aquel círculo de chozas que constituía su pequeño villorrio en el medio de la selva. A aquel místico y sacrosanto lugar sólo tenían acceso los hombres y aquellos jóvenes en edad de aspirar en convertirse en tales, luego de sádicas torturas que son comunes a muchísimas sociedades, tanto primitivas como desarrolladas en el mundo y que conocemos como “ritos de iniciación”.

La llegada de los misioneros protestantes significó el fin de aquel idílico mundo. Especialistas los misioneros como son en las técnicas del deicidio, lo primero que hicieron fue sacar las mágicas flautas de aquella sacrosanta choza en el centro del villorrio. Las mujeres y los niños, esos parias de antes, pudieron verlas. Peor aún pudieron tocarlas y jugar con ellas hasta que se rompieron. Algunas mujeres, llevadas por una suerte de espíritu reivindicativo, saltaron sobre ellas hasta hacerlas polvo. Las mismas mujeres tiempo después terminaron vestidas con ropas occidentales de segunda y tercera mano oficiando de sirvientes de los misioneros blancos. Los niños, ahora vestidos y descalzos, terminaron estudiando en una improvisada escuela mientras los hombres en masa se perdieron en la selva y sus cabezas seguramente terminaron jibarizadas y ensartadas en la punta de una lanza. No pudieron soportar el peso de ver el fin de su sociedad tradicional.

2. Nunca tuvimos ritos iniciáticos

Resulta curioso, desde la perspectiva de los ritos de iniciación descritos anteriormente, cómo éstos se aplican en su inmensa mayoría al género masculino, y muy, pero muy pocas veces al femenino. Como si la condición de la mujer se diera por supuesta desde el momento mismo de nuestro nacimiento, mientras que la del hombre fuera algo de carácter “externo” y “adquirido” y no inmanente a la propia condición masculina. Hannah Arendt apunta a este hecho con gran detalle, como por lo general lo hacen las pensadoras mujeres. Señala -desde su particular modo de filosofar- que el hombre ha construido para su sexo (el masculino) una condición esencialmente banal, externa y autoimpuesta, resultado de la relativa comodidad de un género “descansado” que se ha apoyado históricamente en el trabajo de mujeres primero; mujeres y niños después y mujeres, niños y esclavos, finalmente.

Las mujeres -siempre según Hannah Arendt- nunca nos habríamos podido permitir tal lujo, sencillamente por el hecho de estar permanentemente ocupadas de la tecnología material y concreta que sostiene la vida en un entorno ajeno y agresivo como es la vida sobre la tierra. “La mujer enfrenta enemigos concretos y reales, no imaginarios” es una célebre y lapidaria frase suya. Yo misma lo imagino como las enfermedades de los hijos, los pequeños desastres domésticos, la entropía misma que es planificar y llevar adelante

un hogar con un presupuesto las más de las veces reducido. La mujer nunca habría podido inventarse como género porque sencillamente las peculiaridades de su circunstancia material sobre este planeta no se lo habrían permitido. O, lo que es lo mismo, dicho esta vez de un modo mucho más fácil, no habríamos contado con el tiempo ni los recursos suficientes para autodefinirnos –como lo han hecho históricamente los hombres–.

Consultado en nuestro contexto, el escritor homosexual Pedro Lemebel alguna vez dijo que le habría regalado a su gran amiga Gladys Marín “una existencia para ella misma”. Es que tal vez –históricamente- lo propio de nosotras las mujeres haya sido, y siga siendo, en muchos casos, vivir por y para los demás y nunca para nosotras mismas. Al respecto, creo que muchos excesos y efectos indeseables del feminismo provienen de una aspiración absolutamente válida, cual viene a ser tener una existencia validada por nosotras mismas y no por lo que hacemos por y para los demás.

No obstante, creo también que si bien los hombres se han procurado como género las externalidades que hacen posible para ellos la autodefinición y plantearse una existencia más bien egocéntrica –fundamentalmente centrada en ellos mismos, sus necesidades y particularidades- nosotras las mujeres no necesitamos en ningún momento convertirnos en hombres ni parecernos a ellos ni menos aún masculinizarnos para proporcionarnos una existencia por y para nosotras. El tema, aquí, y este es un salto que doy en el plano de la teoría, está en que la tecnología nos acompañe, y pienso que es efectivamente lo que está sucediendo en la actualidad.

3. La nueva mujer nació en América.

No exenta de cierta ironía, Ayn Rand -la teórica del individualismo- citando a la ya célebre Margaret Mead le puso fecha y lugar al nacimiento de la nueva mujer. En Estados Unidos a fines de la década del veinte del siglo pasado. Agrega que en aquel momento encontrar una niñera en América del Norte se convirtió en ardua tarea, sino en algo casi imposible. La razón; las mujeres habían emigrado masivamente del campo a las ciudades donde aparte de encontrar empleos remunerados en las fábricas, se rindieron ante todo un mundo por primera vez planificado en función de la nueva mujer. Desde la ropa interior cómoda y no demasiado cara (a diferencia de los clásicos corsés, costosos y torturantes) hasta vestidos idénticos a aquellos que usaban las estrellas del cine mudo, pero confeccionados en nuevas fibras sintéticas, más económicas.

Mead explica al respecto que en aquel momento “y por primera vez en la historia de la humanidad, la mujer -en términos genéricos- pudo sentir que se estaba cumpliendo su propio sueño”. Cualquier modesta chiquilla del campo, de Kansas, Oklahoma o Montana podía -al menos durante sus propios y personales quince minutos de gloria- verse, pensar, actuar y sentirse como Gloria Swanson, Mae West o cualquier otra glamorosa estrella del Star System de Hollywood.

A las norteamericanas, agrega Mead, les hizo muy bien la Primera Guerra Mundial, pues con Europa en el suelo, con sus millones de muertos, la industria se reactivó a un ritmo tal que resultó necesaria la participación femenina en la producción. Lo mismo habría sucedido con los afroamericanos, (otro grupo históricamente menoscabado, al igual que las mujeres) de acuerdo a las palabras del escritor negro Sinclair Lewis. Se llamó a trabajar a las mujeres y ellas acudieron en masa. En todo caso, de acuerdo a la misma Mead, no se habría tratado en absoluto de un salto al vacío ni de un paso revolucionario. Por el contrario, sólo se registraría la continuidad de una tradición. “En los Estados Unidos de América, muy a diferencia de lo que sucede con las sociedades tradicionalistas de Europa y Sud América, del Oriente lejano y medio, la mujer dejó necesariamente de ser un objeto decorativo y estético para lanzarse masivamente a la par de su marido a la conquista de lo ignoto y lo indomable. Para con un brazo amamantar al hijo, y con el otro hacer pan, con el otro moler el maíz y con el otro hacer quilt de las ropas viejas y convertirlas en frazadas. Tanto trabajo no esclavizó a la mujer en América, sino que la liberó, pues le confirió un poder relativo comparable al del hombre”.

Agrega que “todos los hombres que llegaban solos a este continente sabían de antemano que no sobrevivirían por sí mismos en la inmensidad ni en el salvajismo del Oeste. Sabían por oídas que la colonización era tarea de a dos y, por lo tanto, seleccionar a la compañera adecuada se convirtió en un asunto de importancia vital”, destaca la antropóloga en *Male and Female*. Mead añade que tal situación sirvió de caldo de cultivo a una norteamericana tradición de la libertad de elección de la pareja, sobre la base del simple atractivo sexual o *allure*, que deja de lado consideraciones de otro tipo, tales como las estamentales (de situación y rango social), religiosas o de simple y brutal conveniencia. “No creo que exista otra sociedad en el mundo que reproche y sancione más drásticamente el matrimonio por interés que la nuestra. Y esto debido a la necesidad de los hombres en el pasado de contar con una relación de pareja incondicional, con una compañera femenina que fuera a la par con ellos en todos los aspectos de la vida, incluso aquellos más penosos y brutales”.

Por esta misma razón, opina, en Estados Unidos no se habría verificado el rol más pasivo que ella supone a la mujer en otras sociedades más tradicionales en el mundo, que va desde “lo meramente estético y decorativo, hasta el de un simple animal de trabajo”. Para Margaret Mead el resultado de tan temprana integración de la mujer (aunque movida por la más estricta necesidad, según ella misma reconoce) es la situación actual de Estados Unidos como superpotencia de nivel planetario. “Nuestra sociedad americana fue la primera que liberó casi por completo el increíble potencial de trabajo que la mujer tiene para aportar a su propia sociedad. Incluso nuestras costumbres sociales más comunes han sido moldeadas a la medida de las necesidades femeninas relacionadas a la crianza de los hijos y la mantención de un hogar. La mujer en América se procuró por sí misma y, sin demasiada ayuda de otros, las condiciones que hicieran posible la continuidad de su rol en la sociedad que, por supuesto, es fundamental”.

No resultaría casual, prosigue, que fueran los Estados Unidos donde primero las mujeres asistimos a nuestra progresiva liberación de la esclavitud doméstica, a partir de la aplicación masiva de una racionalidad tecnológica a la vida cotidiana. “Es aquí donde presenciamos a partir de esos años veinte cómo los temas públicos empiezan a ser progresivamente invadidos por ideas propias del fuero femenino; por ejemplo, comienzan a enriquecerse las harinas y otros alimentos, las madres exigen la fluoración del agua en sus comunidades y por primera vez asistimos a un interés generalizado en los temas de la salud pública, el desarrollo físico y psicológico de los niños, la calidad de las escuelas y de la enseñanza, la nutrición, el ejercicio y la necesidad de una alimentación balanceada”.

Estos temas, que antes no pasaban de la puerta de la cocina de la dueña de casa norteamericana corriente, ahora se transforman en tópicos de relevancia nacional, con sus propias revistas y medios de comunicación especializados. A la madre moderna no le interesa sólo sobrevivir, sino hacerlo con decoro, dignidad e incluso cierta elegancia. Es entonces la mujer quien pone por primera vez en la historia y en un primer plano el tema de los estilos y estándares de vida, aquello que conocemos como *lifestyle*, asegura Mead. Habría asimismo sido la mujer la que primero se apropia de las ideas y teorías freudianas, lo que conlleva una nueva, radical y revolucionaria apreciación de la sexualidad.

“A partir de ciertas ideas básicas de autorrealización que habían estado flotando de un modo un tanto difuso en el ambiente, la mujer norteamericana comienza a cuestionar su propia sexualidad y el lugar que esta sexualidad ocupa en su mundo, con un resultado que no es otro que el que la mujer progresivamente se pone más exigente en este plano”, destaca Margaret Mead, a quien el medio científico ha insistido en encasillar como “neofreudiana”.

Las mayores expectativas femeninas en el plano de la sexualidad, de un modo también típicamente femenino, la mujer moderna las asume como un asunto propio de su sexo, en lugar de implicar una mayor exigencia al cónyuge del sexo opuesto. Con ello florecen varias industrias paralelas que en la actualidad alcanzan dimensiones de imperios financieros. “La, llamemos decente, mujer de la casa se prepara en estos estadios de modernidad a competir con la prostituta pues no está ya más dispuesta a compartir a su marido con extrañas, tal y como lo habían estado tradicionalmente su madre y su abuela. Se comienza a vestir, de algún modo, a maquillar y comportarse como una, digamos, mujer de la calle. Los modelos los toma ella de las vampiresas del cine mudo, Mae West, sobre todo. Se suma, desde esta perspectiva, y al día de hoy, otra carga más, y bastante pesada, a las ya abultadas obligaciones de la mujer dueña de casa moderna. Ella se autoimpone llegar a ser el ideal cinematográfico de belleza, en la perspectiva de las ahora populares ideas freudianas de realización sexual al interior del matrimonio, de la moderna revalorización del sexo como algo positivo y posible para la mujer”, destaca.

Mead señala, de un modo tangencial, pero que yo no paso por alto, la relevancia de las modernas técnicas y medios de comunicación. Es que, al parecer, cada avance que realiza la mujer en el campo de sus aspiraciones y condiciones de vida, lo hace de la mano del desarrollo y despliegue de una nueva tecnología que le resulta liberadora.

4. La mujer-individuo

Mucha gente ha convertido en lugar común aquello de que las sociedades colectivistas y opresivas, tales como el desaparecido totalitarismo soviético y sus clones sobrevivientes -Corea del Norte y Cuba- tuvieron alguna vez algo que ver con lo “femenino” y el “matriarcado” y que, al desenfrenado individualismo “machista” del Capitalismo, oponían un manto protector “colectivo”, semejante al que una madre proporciona a sus pequeños.

La vida ha revelado que resulta bastante más compleja y menos abordable de lo que la racionalidad intelectual muchas veces desearía. La teórica norteamericana Ayn Rand, mujer y defensora última del individualismo a todo evento, resulta ser la excepción que no confirma la regla. La unión de los términos mujer e individualismo resulta inquietante y provocativa en nuestro contexto chileno y latinoamericano. La mujer pensante atemoriza un tanto a los hombres, al igual que les pasa con aquellas que han alcanzado alguna posición de poder. No lo digo yo, lo dice la madre de la actual presidenta de Chile, quien asegura no ver muy auspicioso el horizonte amoroso de su hija, “pues el poder inhibe a los hombres, se sienten inferiorizados ante los logros de la mujer”.

Nacida en la desaparecida Unión Soviética, a Ayn Rand le tocó vivir de primera mano los experimentos sociales colectivistas de la revolución en sus inicios, que se tradujeron en una lamentable sucesión de excesos de todo tipo, cometidos en nombre de la nueva sociedad que se aspiraba a construir. Ella propuso una provocativa tesis en relación a la ética. Plantea que la ética tradicional (o sea aquella que suponemos de carácter machista o por lo menos dominada históricamente por los hombres) siempre ha sospechado y ha mirado con malos ojos aquellos actos e ideas movidos por el propio interés, calificándolos de inmorales, o al menos de amorales. Por el contrario, se ha elogiado hasta el cansancio la ausencia de tal interés propio. Una persona movida por el interés propio, asegura la tradición, no estaría considerando los intereses de los demás, por lo que no encontraría problema en disminuir o dañar tales intereses colectivos con el fin de alcanzar sus propias metas.

Ambicioso, inquietante y cinematográfico como su propia vida (huyó de Rusia, a duras penas sobrevivió en USA, llegó a Hollywood, conoció a las personas correctas en el momento correcto, escribió guiones que finalmente se convirtieron en películas, llegó a ser rica e influyente y finalmente creó una fundación mundial que al día de hoy promueve el individualismo) es su planteamiento femenino ante la vida. El interés propio -asegura ella- correctamente abordado, es el estándar de la moralidad mientras

que la delegación moral en los demás, o sea el colectivismo en cualquiera de sus formas -incluso en aquellas que proponen las religiones tradicionales- resulta en la mayor de las inmoralidades.

El interés propio, correctamente considerado -dice Ayn Rand- es observarse a sí misma como un fin en sí misma. ¿Será posible esto para la mujer chilena en nuestro tiempo y en nuestro contexto?. Esta idea nos llevaría entonces a que el desarrollo de nuestra propia vida y felicidad debiera ser entendido como el más alto de nuestros valores, y que, por lo mismo, ya no podríamos seguir existiendo como sirvientas o esclavas de los valores e intereses de otros.

Insisto; suena muy bien en la teoría ¿pero será esto posible para la mujer chilena actual, en su propio aquí y ahora?. Hemos sido condicionadas por tan largo tiempo para encontrar la felicidad fuera de nosotras mismas, en nuestro entorno cotidiano y hogareño inmediato, a través de los éxitos de nuestros maridos e hijos que este planteamiento radical nos resulta por lo menos un tanto difícil de digerir. Ayn Rand no fue una feminista rabiosa ni mucho menos una adalid del izquierdismo. Fue una liberal de derecha, conservadora para los estándares chilenos, pero con unas ideas de una radicalidad que espantaría al más progresista. Ella modera su discurso planteando que tal como una ya no es esclava de los decires y pensares de los demás, tampoco los demás lo debieran ser respecto de los propios.

“Entonces queda definitivamente en nuestras manos decidir qué valores requieren nuestras vidas, cómo mejor alcanzar esos valores y cómo mejor actuar para lograr que tales valores lleguen a realizarse”, plantea. La autora de “El Manantial”.

Ayn Rand, a pesar de no haber compartido ni tienda ni adscripción en vida con su coterránea norteamericana Hannah Arendt, llega a tocarse con ella, obviamente que sin quererlo, en una tesis fundamental.

¿Podríamos refundar las mujeres el mundo, esta vez no sobre la mitología de féminas perversas y míticas flautas ni de manzanas prohibidas y serpientes que hablan, sino que esta vez, como nos llama Ayn Rand, desde el más estricto “utilitarismo vital” (por llamarlo de alguna forma) o un pragmatismo cuyos principios fueran dictados ya no desde el delirio místico, sino que desde el rigor de la existencia misma, o mejor dicho, del rigor de las habilidades tecnológicas necesarias e inherentes a la vida (habilidades que históricamente han resultado ser inequívocamente femeninas)?

Hannah Arendt le da una dimensión dramática y conmovedora a esta pregunta. En algún momento de su torturada existencia ella se preguntó “cuántas enfermedades habrían dejado de existir y cuántos seres humanos habrían desarrollado una vida, o, más aún, una vida feliz, cuántos niños habrían podido llegar a nacer, cuántas cosas fundamentales en el devenir de la humanidad quedaron sepultadas por sucesivas capas de maldad y banalidad, que en el fondo son lo mismo. Sobre cuántos cadáveres se

construyeron las pirámides de Egipto y de México, la Gran Muralla China y el Empire State, las catedrales góticas y los palacios imperiales de piedra”.

La inquietante pregunta que nos hace Hannah Arendt es qué habría pasado si, desde un principio nosotras, las mujeres, nos hubiéramos hecho cargo de la conducción de las sociedades humanas, asumiendo un rol declaradamente protagónico y no desde un segundo plano, como históricamente lo hemos venido haciendo. Qué habría pasado si, escuchando a Ayn Rand, hubiéramos obedecido sólo al dictado de prioridades que emana de nuestra propia racionalidad femenina y tecnológica-existencial; aquella que está integralmente amarrada a la lógica de la sustentabilidad de la vida.

Hannah Arendt tuvo una existencia triste y terminó autocastigándose y autoflagelándose. Bueno ella fue mujer y las mujeres frecuentemente solemos hacer tales cosas. Ella fue más allá y nos culpó a todas nosotras, a las mujeres como género, nos declaró culpables de no haber arrebatado a los hombres el control del mundo para que terminaran de una vez con su infantil juego de vaqueros y aviones convertidos en bombas voladoras que tiene al mundo al borde del abismo. Algunas poderosas mujeres, que lamentablemente no tuvieron el privilegio de compartir ni con Hannah ni con Ayn no han dejado pasar estas advertencias, estos llamados de atención feroces.

Es así como el mundo ha ido cambiando. Hay una lógica, una ética y una estética irrefutablemente femeninas que se abren campo cada día que pasa. Los hombres cada vez se ven más enfrentados a la banalidad de sus afanes como género. Las nuevas religiones que rigen el mundo son la religión de la salud, la religión del bienestar, la religión de la completa evitabilidad (“banalidad absoluta”) de la pobreza, de la marginalidad y de la violencia, al estilo de Muhammad Yunus.

Recientemente, Warren Buffet, el multimillonario estadounidense que admira a Hannah Arendt como si de un ícono rock se tratara, donó una estratosférica cantidad de millones de dólares a la fundación Gates. El fin: terminar con veinte enfermedades del mundo. Extirparlas de la faz de la tierra. Ese es pensamiento femenino puro aplicado a la acción política. Esa es la feminización del mundo a la que me refero. El infantilismo masculino de la guerra de los signos, de la intolerancia simbólica y religiosa se encuentra cercano a su fin, pero no por ello dejan de representar un peligro. Los pensamientos dogmáticos, cuando pasan a ser minoritarios -advierde la propia Hannah Arendt- adquieren un carácter febril, osado, y pasan a ser capaces de todo en función de una causa que perciben asfixiada por el peso irrefutable de la realidad.

Es este cambio de lógica, de lo difuso a lo concreto, de lo teórico a lo empírico, de lo banal (las pirámides, las catedrales) a lo imprescindible e imperioso (los niños que se mueren de hambre todos los días en el mundo, las enfermedades, la violencia doméstica) lo que he dado en llamar feminización de la lógica del gobierno del mundo. Este cambio es objetivo y real, pues sus dimensiones ya alcanzan los centros de decisión más importantes del orbe y comprometen a todos los poderes. Hace treinta años la preocupación medioambiental era poco menos que una excentricidad de hippies acomodados. Hoy

es un tema de relevancia mundial, que condiciona créditos del Fondo Monetario Internacional. El énfasis en la protección de la familia, de los hijos, la Educación y la Salud son los temas del futuro y da la casualidad que son temas que nos tocan hondamente a nosotras las mujeres, nuestras familias y nuestros hijos.

Son los temas del futuro, porque nosotras logramos finalmente colocarlos en la agenda y porque nosotras estamos en medio de este cambio con el que se construye todos los días ese mundo que nuestros hijos vivirán en el futuro. Creo sinceramente que no hay vuelta atrás en este proceso. Afortunadamente.

Referencias bibliográficas utilizadas:

- Mead, Margaret “Male and Female. A Study of the Sexes in a Changing World” (1958). Editorial Harper Collins, Nueva York. Edición 2001. Capítulo 1: The Significance of the Questions We Ask. (el significado de las preguntas que nos hacemos)
2. - libro: “The Hidden Philosophy of Hannah Arendt” (2002) (La Filosofía Escondida de Hannah Arendt). Margaret Betz – Hull, Routledge Curtzon Londres. Capítulo 2: The Primacy of Pluralism and Interaction. (El Predominio del Pluralismo y la Interacción).
 3. - “A Cross Cultural Analysis of the Behavior of Women and Men” (2005). (Un Análisis Transcultural de la Conducta de Hombres y Mujeres). Alice Eagly y Wendy Wood), Texas University College of Psychology Bulletin. Código issn 00332909 coden psbudi.